

Libro 4 de la serie *Tres Coronas Oscuras* best seller #1 del *New York Times*

KENDARE BLAKE

CINCO

DESTINOS

OSCUROS

UNIR A LAS REINAS, DESTRUIR LA CORONA.

# Cinco destinos oscuros

# **Cinco destinos oscuros**

Kendare Blake

# Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Cinco destinos oscuros](#)

Blake, Kendare

Cinco destinos oscuros / Kendare Blake. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Nuevo Extremo, 2020.

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Martín Felipe Castagnet.

ISBN 978-987-609-777-2

1. Narrativa Estadounidense. 2. Novelas Fantásticas. I. Castagnet, Martín

Felipe, trad. II. Título

CDD 813

© 2019, Kendare Blake

Título en inglés: *Five Dark Fates*

© 2020, Editorial Del Nuevo Extremo S.A.

Charlone 1351 - CABA

Tel / Fax (54 11) 4552-4115 / 4551-9445

e-mail: [info@dnxlibros.com](mailto:info@dnxlibros.com)

[www.delnuevoextremo.com](http://www.delnuevoextremo.com)

Traducción: Martín Felipe Castagnet

Corrección: Mónica Piacentini

Adaptación de tapa: WOLFCODE

Diagramación interior: Dumas Bookmakers

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-609-777-2

# ELENCO DE PERSONAJES

## LAS REINAS

Mirabella, la poderosa elemental

Arsinoe, la Reina Oso

Katharine la No Muerta, la Reina Coronada

## LA CORONA

### EL CONCILIO NEGRO

Genevieve Arron, una envenenadora

Pietyr Renard, un envenenador

Antonin Arron, un envenenador

Lucian Arron, un envenenador

Paola Vend, una envenenadora

Renata Hargrove, sin dones

Bree Westwood, una elemental

Rho Murtra, una sacerdotisa

Luca, la Suma Sacerdotisa

Elizabeth, una sacerdotisa

## LA REBELIÓN

Jules Milone, la Reina Legión

Emilia Vatro, una guerrera

Mathilde, una clarividente

Billy Chatworth, un continental

Caragh Milone, una naturalista

Cait Milone, una naturalista

Ellis Milone, un naturalista

Luke Gillespie, un naturalista

Matthew Sandrin, sin dones  
Gilbert Lermont, un clarividente  
Camden, familiar, una gata montesa  
Braddock, un oso



## POZO DEL SOL

Arsinoe, reina fugitiva de la isla de Fennbirn, está sentada en el escritorio junto a varios bollos de papel, el rostro pétreo. No durmió más que unas pocas horas, y la luz a través de las ventanas excavadas en la piedra le lastima los ojos; tiene unas ojeras oscuras y la cara grisácea. Claro que no hay nadie para verla. Su única compañía es una gata montesa, la cola larga con la punta negra, encadenada a la pared. Y el ruido en sordina que se escucha del otro lado de la recámara a medida que la pócima tranquilizante que le dio a Jules empieza a perder efecto.

Arsinoe gira la cabeza y mira a través de la madera. Jules Milone, la Reina Legión de Pozo del Sol, está detrás de esa puerta. Está atada de pies y manos. Los vasos sanguíneos de sus ojos, rotos cuando se desató la maldición, se están empezando a curar. Pero Arsinoe nunca olvidará cómo se veía su amiga cuando Emilia la trajo de la batalla. La Jules que muestra los dientes y los ojos inyectados con sangre siempre estará bajo los párpados de Arsinoe cada vez que se disponga a dormir.

—Pero va a mejorar —le susurra, como promesa, a la gata. La única respuesta es un gruñido bajo y profundo—. Lo hará. No tan rápido como querrías, ya lo sé, pero lo hará — continúa mientras se frota la cara con las manos, como para activar la poca energía que le queda.

Mientras tanto, está el tema de la carta. La razón por la que arrastró el pequeño escritorio hasta la soledad de la torre. Toca el papel con la lapicera y observa cómo se junta la tinta. ¿Cómo puede contarles que su hija fue tomada prisionera y luego asesinada por Katharine, la No Muerta? ¿Cómo puede contarle eso a alguien, menos todavía a Cait y a Ellis Milone, que son para ella como sus abuelos?

Escucha pisadas en la escalera y rezonga. Está por levantar el tintero para usarlo como proyectil cuando lo ve entrar a Billy, lo suficientemente astuto como para meter primero la bandeja con comida y luego su cabeza.

—Traje algunas galletas con miel. Un par de huevos duros. Y té.

—¿Té fuerte?

—Tan fuerte que podría ser whisky —dice mientras deja la bandeja a un costado del escritorio, derribando la pila de papeles arrugados. Le pasa la mano por el pelo y le besa la sien—. Te ves terrible. Quizás sí debería haberte traído whisky.

—¿Cómo escribo esta carta? ¿Cómo les digo a Cait y a Ellis que Madrigal está muerta? ¿Cómo les digo que Jules enloqueció?

—No detalles lo de Jules —responde Billy, mientras le sirve el té y le pone miel a las galletas—. Eso mejor decirlo en persona. Pero la tienes que escribir, y pronto. Querrán estar aquí para la cremación de su hija.

Cuando amaneció, Arsinoe se acercó a la ventana para contemplar la playa. Las piedras grises y planas de la costa de Pozo del Sol no se parecen a la arena de Manantial del Lobo, pero tendrá que servir.

—¿Emilia todavía protesta por el lugar de la cremación?

La guerrera sugería que el funeral sea en la plaza principal. Arsinoe insistió que fuera junto a la orilla. Una naturalista debe ser cremada en la naturaleza.

—No. Es testaruda, pero confía en que eres la que sabe. Sobre lo que Jules querría, si nos lo pudiera decir.

—Es testaruda, sin duda. Y sin embargo lo que más le molesta es que haya sido sugerencia mía. Una orden, de parte de una reina.

—Salvo que no fue eso —dice Billy, algo vehemente. Al igual que Emilia, él tampoco quiere que regrese a ese rol.

—No, no lo fue —Arsinoe le toma la mano, y luego suspira y alza la taza—. Pero hasta que Jules esté bien de vuelta,

¿quiénes más quedamos salvo Mira y yo? Hablando de eso, debería ir a verla. Necesitaremos su don en la playa, para apaciguar los vientos y enaltecer las llamas. —Se pone de pie demasiado rápido y derrama el té sobre el papel sin usar—. ¡Maldita sea!

—Maldiciendo como una continental, me parece —dice Billy mientras la ayuda a limpiar.

—Tú tienes muchos mejores insultos. No deberíamos haber vuelto. Deberíamos habernos quedado allí.

—No. Daphne y esos sueños tenían razón. Te necesitan aquí, a ti y a Mira. ¿Qué le ocurriría a Jules sin tus pociones de envenenadora? ¿Qué habría hecho la niebla si no fuera por el viento y la tormenta de Mira? Las necesitan. Solo que no para siempre.

—No para siempre —repite Arsinoe, y le toma la mano, como haciendo una promesa. Se giran cuando escuchan pasos rápidos en las escaleras y se separan cuando Emilia entra de un portazo, la cara roja y sus largos mechones negros cayendo por debajo de los hombros.

—Jules todavía está descansando —dice Arsinoe—. Y yo estoy a punto de terminar esta carta.

—Olvida la carta —Emilia atraviesa la habitación y apoya con fuerza un pedazo de papel sobre el escritorio—. Tienes un problema mucho más grande.

Arsinoe lo levanta y lee.

La caligrafía es elegante, pero no la reconoce.

*Hemos hablado con la reina, y nosotros también creemos que dice la verdad. Hemos partido hacia Indrid Down. La decisión es tuya, pero estaremos aquí si nos necesitas.*

—B&E

—La encontraron en la habitación de Mirabella.

—¿B y E? —pregunta Billy, leyendo por encima del hombro de Arsinoe, que traga saliva y levanta la vista.

—Bree y Elizabeth.

La expresión de Emilia es tan triunfante como furiosa, su opinión validada en cada línea de su rostro. La guerrera tuerce la boca y escupe las palabras mientras Arsinoe deja caer la nota al suelo.

—Mirabella ha huido.

## INDRID DOWN

Mirabella se despierta con los golpes de la conductora sobre el techo del carruaje. No sabe cuánto durmió. A juzgar por la luz, podría ser mediodía, aunque es difícil discernirlo entre las nubes bajas y grises.

—Llegando a la capital —dice la cochera, y Mirabella se frota los ojos. Se acerca a la ventana y la abre por completo. Adelante, las agujas gemelas del Volroy se levantan negras en dirección al cielo.

Ya lo ha visto antes. De niña, en cientos de tapices y pinturas, en libros propios y en su imaginación, cuando creía que le llegaría el día de reinar. Lo vio por sí misma cuando llegó a Indrid Down para el Duelo de las Reinas. Pero esta vez es diferente. Katharine es la reina ahora, y aunque Mirabella ha llegado por un ofrecimiento de tregua, puede que no sea auténtica. Quizás llega y encuentra el bloque listo para su decapitación. Quizás tenga que luchar para poder escapar, una vez más, de la capital.

En el interior de su capucha, el pequeño pájaro carpintero está excitado. Puede sentir la cercanía de Elizabeth, y Mirabella le acaricia las plumas de la cabeza. Katharine le dijo que estaría a salvo, y según Bree y Elizabeth lo decía en serio.

En Pozo del Sol ya deben haberse dado cuenta de su fuga, y le duele pensar en Arsinoe y en Billy cuando se enteren de lo que hizo. No lo van a creer, al comienzo. La van a defender. Incluso puede que manden una expedición de búsqueda, o de rescate, convencidos de que fue raptada contra su voluntad.

Después... Bueno, hay tiempo para preocuparse qué le va a decir a Arsinoe la próxima vez que la vea. Por ahora, su mente está con Katharine. Una hermana a la vez.

Cuando el carruaje se detuvo por última vez para que los caballos descansaran, la cochera le preguntó a Mirabella adónde quería ir. Hubiera sido fácil ir hacia el Templo de Indrid Down, donde pediría por Luca, o a la mansión de Bree, donde estaría a salvo. En cambio, pidió que la llevara hasta las puertas del Volroy.

—La puerta grande, entonces —dijo la cochera, y por primera vez miró con atención el rostro de Mirabella. En lo que restó del viaje le habló lo menos posible y le comenzó a decir “Señora” en vez de “Señorita”. No se atrevió a llamarla “Reina” tan cerca del castillo.

En la parte de atrás del carruaje, Mirabella escucha los cascotes de los caballos contra los adoquines y observa cómo el Volroy crece más y más. Ver el castillo le ha quitado lo que le quedaba de sueño y, nerviosa, juega con los pliegues de su túnica y la falda de su vestido celeste. El lazo está empezando a deshilacharse y está ennegrecido por la suciedad; piensa en arrancarlo. En cambio, entrelaza las manos trémulas y las apoya contra la falda. Debe calmarse. Katharine es su hermana menor y no debe verla temblar.

Dos guardias detienen el carruaje frente a la puerta principal y se acercan a la conductora para interrogarla y echar un vistazo. Los demás pasajeros ya se han bajado. Solo quedan Mirabella y la mercadería: cajas y valijas atadas en el techo y la parte posterior del carruaje.

—¿Qué asunto te trae al Volroy?

—En lo personal ninguno. Traigo a una pasajera. Y verán que ella tiene suficientes.

Los guardias miran a través de las ventanas. Mirabella les sostiene la mirada. Tardan más de lo esperado en reconocerla, pero eventualmente abren la puerta y llaman a más guardias para custodiar el carruaje.

—Nuestra llegada debería haber sido un secreto, Pimienta —le susurra al pajarito, que ladea la cabeza—. Pero tiene sentido. Katharine no querría quedar mal parada si yo rechazaba su oferta.

El carruaje se detiene y Mirabella desciende, a la sombra de la fortaleza. Una vez afuera, Pimienta sale volando de su capucha, en busca de Elizabeth. Mirabella trata de no sentirse abandonada. Pero en cuanto las guardias la miran con desconfianza, desea que el animal se hubiera quedado con ella.

—¿Va a estar bien, Señora? —pregunta la cochera, y Mirabella le sonríe agradecida.

—Voy a estar bien. Gracias. Ha sido un placer.

La mujer hace un gesto de reverencia y les chista a los caballos. Mirabella gira en dirección a la guardia real, que la recibe apuntándole con sus lanzas.

—Mejor no me apunten con eso —dice, y hace chasquear un tronido seco en el cielo. Las hojas de metal descienden de inmediato—. Cond zcanme adentro. Con la reina.

## MANSIÓN GREAVESDRAKE

Katharine está sentada junto a la cama, rodeada de susurros. Su antigua cama en su antigua habitación, solo que esta vez no es ella la que yace en ella sino Pietyr. Tres sanadoras que hizo traer de la capital y una de Pryn timer murmuran cerca de la puerta entreabierta.

Son las mejores sanadoras que pudo encontrar. Todas envenenadoras. Pero ninguna de ellas ha sido capaz de ayudar a Pietyr. Ninguna es capaz siquiera de decir qué le sucede.

Por supuesto, quizás pudieran si supieran qué le ocurrió realmente. Pero Katharine nunca se lo va a contar.

—Por favor, despiértate —le susurra por milésima vez. Le acaricia la mejilla, el pecho. Ambos tibios, y el corazón fuerte continúa latiendo. El sangrado de la nariz y los ojos ya cesó, por fin, y le limpiaron la cara y el cuello, la almohada y las sábanas. Únicamente el más mínimo trazo de rojo supura del interior de la oreja.

—Despiértenlo —gruñe, pero las reinas muertas no responden. Las puede sentir observándolo a través de sus ojos. Quizás incluso sentir algo de remordimiento.

No. Lástima, pero no remordimiento. Le hicieron lo que tuvieron que hacer para que no las enviara de vuelta al Dominio de Breccia. Con su torpe y defectuoso conjuro de magia inferior les causó tanto dolor que no tuvieron opción. Y desde entonces, cada día y cada noche, se lo han recordado a Katharine elevando su podredumbre hasta la superficie de su piel, una vibración constante y tranquilizadora en su sangre y su mente. Ahora son parte de ella, y no se irán de allí.

*Él nos iba a lastimar. A debilitarte. Nos vamos a proteger. A protegerte.*

—Cállense —murmura Katharine—. ¡Cállense!

—Discúlpenos, reina Katharine —dice una de las sanadoras, con una inclinación de cabeza.

—Seguiremos nuestras deliberaciones en el pasillo, así no la molestamos —dice otra, la de Prynn, y le hace una seña a sus colegas.

—No —Katharine se pone de pie—. Perdónenme. Este accidente, esta enfermedad, no me deja pensar.

Y es como si la Mansión Greavesdrake estuviera llena de susurros. Al final de cada pasillo. Detrás de cada puerta cerrada.

—Hablen claro y díganme qué piensan. ¿Qué le sucede? ¿Cuándo se va a recuperar?

Las sanadoras se agrupan nerviosas, como una bandada de pájaros.

—Sé que no hay buenas noticias —continúa, leyendo sus rostros—. Pero querría conocer la opinión de ustedes.

La sanadora de Prynn se acerca a la cama. Es la que examinó a Pietyr de modo más agresivo: le palpó las encías, le estiró los dedos de las manos y de los pies. Fue difícil para Katharine verlo inmóvil mientras un extraño le movía la cabeza para un lado y para el otro y le inspeccionaba los oídos. Cuando miraron por debajo de las vendas que le cubrían la mano, Katharine contuvo la respiración. Qué horripilante había sido tener que tajarle la piel para que no descubrieran la runa. Le hizo tantos cortes que parecía como si la palma de la mano le hubiera explotado. Pero su dulce Pietyr ya no estaba despierto para entonces. No había sentido nada.

—La herida de su mano continúa sanando. Aunque todavía es imposible saber qué la causó. Y no parece ser la causa de su enfermedad. De los cortes no salen líneas oscuras, ni mal olor...

—Sí, sí. Ya me dijeron esa parte.

—Creemos que probablemente haya sido un trauma dentro del cráneo. Un vaso sanguíneo roto o colapsado. No

dejaría marcas ni un impacto del exterior. Has dicho que lo encontraste tirado en el suelo. Es probable que cuando estalló el vaso sanguíneo simplemente se derrumbara donde estaba. Casi sin dolor, lo más probable, o uno muy breve.

Katharine contempla el rostro dormido. Sigue siendo hermoso cuando duerme. Pero no es él mismo. Lo que hace que Pietyr sea Pietyr es el brillo en los ojos, la astuta mueca de su sonrisa. Y la voz. Hace demasiados días que no escucha su voz. Semanas.

—¿Cuándo se despertará?

—No lo sé, reina Katharine. Que continúe respirando es una buena señal. Pero no responde a los estímulos.

—Tanta sangre...

Cuando Katharine recuperó la conciencia luego del conjuro fallido, encontró a Pietyr en el suelo junto a ella, el rostro como cubierto por una máscara de sangre.

—No hay forma de saber hasta dónde se extiende el daño. Solo podemos esperar. Necesitará atención las veinticuatro horas... alimentación y limpieza...

—Váyanse —ordena Katharine, y escucha cómo se alejan. Le toma la mano y se la besa con ternura. Debería haberse deshecho de las reinas muertas cuando él le dio la oportunidad. Si tan solo no hubiera sido tan cobarde. Ahora saben que no las puede echar, no ahora con su reino asaltado por todos lados: la niebla, la Reina Legión, el regreso de sus hermanas. Antes solía pensar que las reinas muertas la hacían fuerte. Ahora, demasiado tarde, sabe la verdad: esa fuerza es de ellas, y solo de ellas. Y querrían verla siempre débil, como un títere.

—No lo sabía —susurra contra la mejilla de Pietyr—. No sabía que esto es lo que harían.

Cuando Katharine sale de la habitación de Pietyr una hora más tarde, cansada y confundida, se tropieza directamente

con Edmund, el antiguo mayordomo de Natalia, que le trae una bandeja de té.

—Pensé que le vendría bien.

—Así es —responde Katharine—. Pero ya estuve suficiente en ese cuarto. Mejor en la sala de dibujo o en el solar.

Se cubre los ojos con la mano.

—Quizás aquí mismo, en el suelo. Todavía es tu casa, si lo deseas. Un picnic en la alfombra.

—Exactamente lo que nunca tuvimos —dice Katharine. Pero le sonrío, y se corren a un costado para que una doncella entre al cuarto de Pietyr—. ¿Dónde están las sanadoras?

—En la biblioteca. Y demandan el almuerzo.

—Supongo que necesitan comer —Katharine y el mayordomo avanzan por el pasillo en fila india—. Pobre Edmund. Te puse la casa patas para arriba.

—No es cierto, su majestad. Es bueno que Greavesdrake vuelva a latir. Incluso los latidos de nuevos empleados y extraños. Desde que mataron a Natalia, no se siente tanto una mansión como un santuario.

Cuánta razón tiene. Mientras suben la escalera escuchan los sonidos de diferentes rincones de la casa, con los murmullos y la habitual explosión de risa de algún sirviente que le da nueva vida a la casa. Todavía oscura y con corrientes de aire, por supuesto. Pero viva y ya no maldita.

Pero quedará maldita para siempre si Pietyr se muere.

En el comedor del piso principal encuentran a Genevieve, leyendo un libro junto a un plato de sopa a medio comer.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta, bajando el libro.

—Sin cambios.

Katharine se le sienta enfrente, y Edmund le sirve el té.

—Sin cambios —repite Genevieve, y suspira.

Katharine la observa con atención. Fue ella quien “encontró” a Pietyr, inconsciente y cubierto de sangre, así como también fue ella quien estaba con Nicolas la noche en que lo mató con su cuerpo envenenado. Dos amantes, uno

muerto y el otro incapaz de despertar. Aunque Katharine fue cuidadosa en desechar todas las huellas de magia inferior, Genevieve debe tener sus sospechas.

—Se despertará —dice Genevieve, que trata de animarla con una sonrisa—. Es demasiado molesto como para no hacerlo.

Katharine asiente. Está a punto de morder una de las excelentes tostadas de Edmund, siempre crujientes, cuando escuchan que se abre la puerta principal y las voces exaltadas de los sirvientes. Pronto una mensajera llega al umbral de la puerta, sin aire.

—¿Y bien?

—Está en el Volroy —declara la mensajera, los ojos bien abiertos.

—¿Quién? —pregunta Genevieve—. ¿Estábamos esperando a alguien?

Katharine observa a la chica. Sabe, por cómo evita decir el nombre y por el asombro temeroso en la mirada, que se refiere a Mirabella. Su poderosa hermana ha llegado. La más fuerte de las trillizas. La reina más fuerte en generaciones ha respondido a su pedido.

Las piernas le tiemblan por debajo de la mesa. Está ansiosa por encontrarse con Mirabella, por mirarla a los ojos bajo el ofrecimiento de paz. Pero tiene cuidado en controlar sus reacciones.

—¿Quién? —repite Genevieve, perdiendo la paciencia.

La mensajera abre la boca pero no dice nada, buscando una manera de formularlo sin romper con el decoro.

—La hermana de la reina —dice por fin.

—Mirabella —completa Katharine, y Genevieve jadea.

—¿Qué...? ¿Qué vino a hacer aquí?

—Fue invitada.

—¿Por quién?

—Por Luca —dice Katharine—. Y por mí, supongo. ¿Dónde está ahora? —le pregunta a la chica.

—La espera en el Volroy. Las guardias la están custodiando en la sala del trono.

—¿Alguien la ha visto? ¿Alguien le ha hablado? ¿De mi Concilio Negro?

—No, su majestad.

Katharine se pone de pie.

—Entonces galopa de regreso y asegúrate que nadie lo haga. Nadie verá a mi hermana antes que yo. Ni Antonin ni Bree Westwood. Ni siquiera la Suma Sacerdotisa Luca.

¿Entendido?

—Sí, su majestad.

—Bien. Apúrate. Y ve en un caballo descansado.

Katharine y Genevieve comparten un carruaje hacia el Volroy. Genevieve no ha dejado de apretar los dientes desde que recibió la noticia, y mantiene los brazos cruzados contra el pecho.

—Debo ser tus ojos y tus oídos. ¿Cómo? ¡Si no me cuentas nada!

—Luca y yo no le contamos a nadie de esto —dice Katharine—. La verdad, Genevieve, no pensé que vendría.

Mira hacia atrás, hacia la enorme silueta de Greavesdrake que se empequeñece de a poco, hacia la ventana de su antigua habitación, con el deseo de que las cortinas se descorran y aparezca Pietyr del otro lado. Él amaría estar en el Volroy para este encuentro. Y ella no sabe cómo le irá sin él.

—¿Por qué está aquí? —pregunta Genevieve—. ¿Qué bien nos puede hacer?

—Es otra reina. Puede ayudarme a ganar la guerra — responde Katharine—. Si es que puedo confiar en ella.

—Ninguna de ustedes son verdaderas reinas —dice Genevieve, la voz atravesada por el disgusto—. Si lo fueran, solo quedaría una de ustedes.

## EL VOLROY

—Recibimos la noticia de que la reina está en camino.

—Gracias —responde Mirabella. La llevaron a la sala del trono para que espere a Katharine. La guardia asiente y se retira, cerrando las pesadas puertas. Sin duda hay tres filas de guardias del otro lado, temerosas de que Mirabella destruya la puerta con un poco de viento y prenda fuego al castillo entero.

Resopla, divertida. Podría, supone, escaparse del Volroy en cuestión de minutos, si quisiera. Su don, ahora que regresó a la isla, volvió con más fuerza y más velocidad que las que tenía cuando se fue. Aun así no podría hacer explotar la puerta. Para eso necesitaría otra clase de don. Uno como el que Jules tiene.

Se quita la túnica y la cuelga en una silla frente a una larga y oscura mesa junto al trono. Debe ser la mesa en la que se sienta el Concilio Negro cuando la reina da audiencias. Pasa los dedos por la parte de atrás de la silla. ¿A quién le pertenecerá? ¿A Bree? ¿O quizás a Luca? Probablemente no. Este asiento, directamente frente al trono, seguramente esté reservado para alguno de los Arron. La matriarca. O el chico rubio de Katharine, Pietyr Renard.

Mirabella le echa un vistazo a la sala. Los pasillos de piedra y madera están cubiertos por alfombras tejidas en negro y oro. La viga del cielorraso tiene labrados intrincados diseños que representan los dones y a las reinas más poderosas; la madera es muy oscura y el cielorraso está pintado de negro y plata. Luca solía contarle sobre esto cuando era una niña. Se sentaba sobre sus rodillas y soñaba con el día en que reinaría en el castillo repleto de historia. Mira hacia arriba y trata de encontrar las nubes y rayos que

representan a su favorita, la reina Shannon. Y por supuesto no tarda mucho en encontrar la placa dedicada a la reina Illian, ya que es la única parte del techo pintada de azul.

Se acerca al trono y roza apenas el brazo pintado de dorado. Incluso ahora se siente como si fuera suyo, hacia donde fue direccionada, señalada, desde el día que nació. Pero no es su retrato el que cuelga detrás. Ninguna pintura del fuego y las tormentas, ninguna reina elemental con su vestido sacudido por el viento. En cambio, el cuadro que cuelga es el de Katharine, oscura y rígida, y está repleto de huesos sanguinolentos.

—¿Querrías sentarte?

Mirabella se sobresalta, sin poder evitarlo. Y cuando se da vuelta, allí está: la pequeña Katharine, tan perversa como mortal, que entró con tanto sigilo que no escuchó ni el crujido de la puerta ni el roce del vestido.

—¿Y simular por un rato que ganaste?

—No —contesta Mirabella—. Por supuesto que no.

—Entonces aléjate de mi asiento —dice Katharine con una sonrisa—. Y ven a saludarme como corresponde.

*Como corresponde*, piensa Mirabella. ¿Se supone que debe arrodillarse y besarle el anillo? No puede hacer eso. No sabe ni siquiera si va a tener el coraje suficiente como para tocarla, con miedo de que le entierre una daga envenenada en el cuello.

Katharine se acerca lentamente. Los ojos negros le brillan. A diferencia de sus guardias, no parece asustada en lo más mínimo.

Mirabella baja los escalones y se aleja del trono, obligándose a dar un paso tras otro. Las hermanas se detienen en el centro de la sala, a un brazo de distancia una de la otra.

—No me pidas que te haga una reverencia —dice Mirabella—. Vengo como una aliada, no como una súbdita.

—No voy a pedirte reverencias como tampoco te voy a pedir abrazos —responde Katharine con la boca torcida—.

No todavía.

Mirabella se relaja un poco. No han estado tan cerca desde el banquete antes del Duelo de las Reinas, cuando Katharine la hizo bailar como una marioneta antes de que el padre de Billy la envenenara. Pero recuerda bien la frialdad y la fuerza con la que Katharine la sujetó entonces.

—Me sorprende que hayas venido —dice Katharine, y se cruza de brazos—. No te debe haber agradado que le haya cortado la garganta a esa naturalista.

—Se suponía que fuera un intercambio. La Reina Legión por su madre. No tenía que morir nadie.

—Y nadie hubiera muerto, si no fuera por la niebla. Y si ella no hubiera intentado huir.

Mirabella traga saliva. Siente la boca completamente seca.

—No me cambié a tu bando —contesta, entrecerrando los ojos—. Ni tampoco abandoné a Arsinoe. Abandoné a Jules Milone cuando vi lo que la maldición le hizo. O más bien, lo que le hiciste cuando cortaste la atadura del cuello de su madre.

Katharine ladea la cabeza, indiferente.

—Todo lo que hice fue revelar al monstruo que en secreto siempre fue. Y qué monstruo. Será un desafío incluso para ti.

*Será mucho más que eso*, piensa Mirabella. El don de la guerra que Jules usó contra ella la derribó limpiamente. Y Jules ni siquiera había apuntado con justeza.

Katharine la rodea, y Mirabella se endereza mientras es evaluada. La reina mira las manchas en su vestido azul, el lazo deshilachado y sucio. Tampoco le calza muy bien: demasiado apretado en el corsé y el corpiño, diseñado para la silueta delgada y enjuta de Jane, la hermana de Billy. La señora Chatworth le encargó a un sastre que le hiciera modificaciones, pero la tela tenía sus límites.

Cuando Katharine se pone a sus espaldas, Mirabella tiene cuidado de seguirla con la mirada.

—¿Eso es todo? —pregunta Katharine—. ¿Todo lo que se necesitó para que desertes de la rebelión?

—Eso no fue todo —Mirabella baja la mirada—. Soy una reina. Una verdadera reina, en la sangre. Y la línea de reinas no debería abandonarse tan a la ligera. Ni siquiera si en su futuro reside alguien tan terrible como tú.

Katharine se gira. Se aprieta las manos con tanta fuerza que le tiemblan.

—Una elección interesante venir al Volroy vestida como una pordiosera —dice al fin, la voz suave—. ¿Fue intencionalmente simbólico, o no pudiste conseguir otra cosa?

—En el continente, este vestido era uno de los más elegantes de toda la ciudad.

Katharine alza las cejas.

—No importa. Te vestiremos de negro como corresponde y volverás a ser tú misma.

—¿Por qué querrías eso? ¿No debería llevar una penitente capa gris? ¿Para mostrar mi vergüenza y mi reverencia a la corona?

—La gente no necesita recordar quién lleva la corona. Y si estás aquí, preferiría que te vieran. Tú, la gran reina elemental, lista para pelear de mi lado. Si estás aquí, serás de utilidad. Pero solo cuando yo lo decida. ¡Guardias!

La puerta del trono se abre y a los pocos segundos Mirabella se encuentra otra vez rodeada por lanzas.

—Lleven a mi hermana a las habitaciones del rey-consorte —dice Katharine, y se gira para ver a Mirabella—. Mi querido Nicolas no tuvo la oportunidad de disfrutarlo ya que murió de una caída de su caballo, y no voy a dejar que una decoración tan elegante se desperdicie. Y, por supuesto, no hay ninguna recámara dispuesta para alojar a la hermana de una Reina Coronada.

Katharine le da la espalda y los rulos negros le rebotan sobre el hombro.

—Te enviaré a Bree Westwood y a la sacerdotisa Elizabeth. Estoy segura que estarás reconfortada con su presencia. Y luego te haré subir una pequeña comida. Pero no comas demasiado. Hoy cenarás conmigo.

Se detiene antes de cruzar la puerta y le regala una enorme sonrisa.

—Tenemos tanto por hacer.

Katharine se dirige desde la sala del trono a la recámara del Concilio Negro y se encierra adentro. En cuanto queda a solas, comienza a temblar tanto que se abraza y da vueltas en círculos.

Estuvo otra vez cara a cara con Mirabella, y actuó bien. La corona negra tatuada en su frente funcionó como un escudo, y le dio coraje y vehemencia a sus palabras. Fue difícil no ponerse a gritar. No atacar preventivamente. Todo en Mirabella la pone a la defensiva: la manera en que se paró en la sala del trono, tan bella como majestuosa, incluso en ese desastre de vestido; los duraderos lazos de amistad que todavía tiene con tantos miembros de su propio Concilio Negro.

Quizás fue un error traerla. Quizás cayó directamente en la trampa de Luca.

Incluso las reinas muertas, que siseaban y olfateaban dentro de Katharine, se sintieron atraídas por la fuerza del don elemental que emergía de Mirabella en oleadas.

—Me dejarían por ella.

*Jamás, susurran. Tú eres nuestra. Tú eres nosotras.*

Pero Katharine las siente contra su piel. Las siente elevarse hasta casi resbalar por fuera de su boca. Las reinas muertas le tomaron el gusto a escaparse de Katharine cuando emergieron para abalanzarse sobre Pietyr. Y les gustó.

*Estamos contigo, siempre.*

—Siempre —repite Katharine, mientras comienza a idear un plan. Podría liberarse de ellas para siempre si tiene cuidado, y si es más astuta que ellas.

## POZO DEL SOL

Manantial del Lobo llegó justo a tiempo para la cremación de Madrigal. Cait y Ellis Milone, las espaldas erguidas y rígidas como cuchillos. Luke, las mejillas húmedas, en un chaleco carmesí oscuro y un abrigo que seguramente se fabricó él mismo. Y gran parte de la ciudad vino con ellos. Madrigal arde, entre la sal y el viento, sobre una pira de un metro y medio de altura que armaron los obreros de la rebelión. Las sacerdotisas de Pozo del Sol la envolvieron en una túnica carmesí y la cubrieron de pétalos del mismo color. Los rebeldes dejaron coronas de flores y caracolas de colores. Huevos de pájaro, para partir y cocinar con el calor.

Tanto Manantial del Lobo como la rebelión observaron cómo la pira se consumía, volviendo ceniza el cuerpo que ya no era Madrigal Milone sino la hermosa cáscara que apenas si la contenía.

*Madrigal*, piensa ahora Arsinoe, entre los ecos del gran salón de Pozo del Sol. Madrigal era la suma de sus acciones. Ella era una risa en una habitación silenciosa. Viva, no le gustaba nada que fuera fácil, y muerta era igual.

—Pensé que tú también estabas muerta.

Cuando escucha esa voz, Arsinoe se da vuelta y lo sujeta a Luke por la cintura. “Perdón”, le repite una y otra vez, y solo lo suelta cuando el gallo verdinegro, Hank, comienza a aletear y a picotearle su único par de pantalones decentes. Se sientan juntos en el espacio abierto más cercano.

—¿Dónde está tu muchacho?

Arsinoe señala a Billy entre la multitud, mientras este se sirve carne con salsa en un par de platos. A lo largo de la cremación dejó que Arsinoe se apoyara sobre él sin que se notara. Cuando las llamaradas tocaron la túnica carmesí, la abrazó con fuerza.

—¿Buscándote comida? Te conoce bien —dice Luke, y bajando la mirada agrega—: Vino mucha gente al funeral. Arsinoe asiente.

—Cualquiera pensaría que fue alguien importante.

Luke se aclara la garganta, y Arsinoe se da cuenta de que Cait y Ellis están allí.

—Queríamos esperar —le dice a Cait—, pero no sabíamos si iban a poder venir.

—Tu carta nos llegó. Eso es lo que importa. ¿Y su hermana? ¿Nadie le ha contado a Caragh?

—Mandé una carta a la Cabaña Negra, pero... —Arsinoe sacude la cabeza—. Quizás el viaje es más lento... con el bebé...

Se queda callada y lo mira a Ellis. Cait estará bien: tiene la fibra como para aguantar. Pero Ellis —el amable, erudito Ellis— consintió a Madrigal desde que nació.

Arsinoe reconoce varios rostros familiares entre la gente. Algunos de los Pace y de los Nichols. Shad Millner y su cigüeña. Incluso Madge, que vendía las mejores ostras fritas en el mercado de Manantial del Lobo. Y Matthew. Por supuesto Matthew.

—Matthew —dice Arsinoe cuando lo ve, y él camina hacia ella y prácticamente la alza, casi como cuando era niña.

—Hola, chiquita —le dice, y la apoya de nuevo en el suelo. Con el pulgar le quita una lágrima de la mejilla y le ajusta el nudo de la bufanda carmesí.

Billy regresa a la mesa con los platos de comida y los saluda a todos, en especial a Matthew, al que considera como parte de su familia por su vínculo con Joseph. Posa su mirada en el cuervo apoyado sobre el hombro de Cait.

—¿Esa es Aria? —pregunta, confundiéndolo con el familiar de Madrigal.

—No —responde Cait—. Esta es Eva. Aria se fue volando cuando empezó el humo. ¿Dónde está Jules? En tu carta decías que no había sido herida pero que no estaba bien. ¿Qué quisiste decir?

Arsinoe se pone de pie.

—Los llevaré a que la vean. Pero solo a ustedes dos — agrega cuando Luke y Matthew también dan un paso adelante. Sería muy difícil para Luke verla en ese estado, y Matthew... es demasiado parecido a Joseph. No quiere ni pensar en cómo reaccionaría Jules si abriera los ojos y lo primero que viera fuera la cara de Joseph.

Mientras Arsinoe y Billy acompañan a Cait y a Ellis, de pronto ella cae en la cuenta.

—No lo sabe —Arsinoe lo sujeta a Billy del brazo—. Matthew y los Sandrin, no saben lo de Joseph. ¡No saben que está muerto!

—¿Muerto? —exclama Ellis, y Billy los calla a ambos.

—Yo les cuento. Él era mi hermano, también, en cierta manera. Y puedo describir lo que ocurrió tan bien como tú.

—Cuéntales dónde está enterrado —responde Arsinoe, agitada—. Cuéntales sobre la lápida, el epitafio...

—Les contaré todo. Vayan. Llévelos a ver a Jules.

Arsinoe asiente y los guía casi en trance. Mientras suben las escaleras de la torre, trata de prepararlos para lo que van a encontrar, contándoles lo que ocurrió de la manera más suave posible: cómo la maldición de la legión fue desatada cuando Madrigal murió y la violenta reacción que sufrió Jules.

—Puede que ni siquiera esté despierta —advierte—. Las pócimas que preparo para calmarla a veces la mantienen dormida durante el día.

—Las pócimas que preparas —repite Cait—. Así que los rumores son ciertos. Nuestra reina naturalista fue siempre una envenenadora.

Arsinoe se detiene justo antes de abrir la puerta.

—Tú criaste una naturalista, y una naturalista es lo que siempre voy a hacer. Pero ahora no me siento mal por no haber podido hacer crecer nada.

Para su sorpresa, Cait se ríe.